

4. Imaginarios de la modernidad

Debate sobre la ponencia de Beatriz Sarlo

*Bernardo Subercaseaux, Adrián Gorelik, Agustina Prieto,
Graciela Silvestri, José Emilio Burucúa, Beatriz Sarlo*

Bernardo Subercaseaux

Quería hacer una pregunta respecto de la reacción de los padres y de la comunidad frente a ese acto. ¿Por qué lo digo? Porque es posible que haya sido aceptado y no haya tenido ninguna consecuencia. En Chile, en la misma época, nos hemos encontrado con un acto de tremenda brutalidad estatal: los concursos de "guaguas", de bebés, promovidos por el Ministerio de Educación, en los que premiaban a las "guaguas" más blancas y rubias, que en las escuelas públicas era como encontrar una aguja en un pajar. Eso era aceptado. Es decir, lo que estaba operando allí era un paradigma racial. El tema de la higiene, el tratamiento de los problemas alcohólicos, todo eso también está vinculado al paradigma racial y, por lo tanto, es ése el paradigma intelectual que está operando en este "robot estatal".

Comparo, por ejemplo, con cómo nosotros en esta época vivimos un paradigma

intelectual de sobredimensión de lo económico, del mercado, que ahora nos lleva a aceptar una cantidad de cosas como si fueran "naturales" y que después va a desaparecer. En esa época había un paradigma que estaba internalizado y que llevaba a aceptar esos actos: el cruce entre lo biológico y lo psicológico, y los puentes que había allí. Digo esto a propósito de actos también brutales, porque, en el fondo, la dimensión perversa lleva implícita el laboratorio nazi, que funciona también de acuerdo al paradigma racial, y todas las teorías del social-darwinismo que estaban operando en la época.

Adrián Gorelik

Quería hacerle dos preguntas a Sarlo: como se decía en otra época, una de forma y otra de contenido. La lectura del texto de este trabajo es muy importante porque hay un salto enorme entre la explicación

que ella ofrece aquí y la propia lectura, salto que tiene que ver, indudablemente, con la elección de la primera persona en la escritura. Por eso, para quienes no lo leyeron, conviene aclarar que en el trabajo aparecen cuatro dimensiones discursivas: la primera persona en que se expresa esta maestra; las intercalaciones de esa primera persona con párrafos completos que son textos tomados directamente de libros de lectura y de documentos que van rompiendo el discurso, el monólogo de esta maestra; en tercer lugar, hay notas al pie que se remiten a afirmaciones que la maestra realiza, confrontándolas con su realidad histórica; y en cuarto lugar hay un epílogo, donde la autora cuenta sus conclusiones acerca de este relato. Pues bien, leyéndolo me acordaba del libro de Juan Marsal, *Hacer la América*, que también es un texto que recupera en primera persona la voz del protagonista (un inmigrante fracasado que vuelve a su tierra) y en el que el

autor ofrece sus explicaciones con una introducción y con notas, pero donde faltan otras dos dimensiones que aparecen en el texto de Sarlo: una es la dimensión de las intrusiones textuales de documentos en medio del monólogo, y la otra es la dimensión ficcional, ya que supuestamente Marsal recibió este texto escrito, mientras que Sarlo tomó en sus manos la voz de esta maestra. La primera pregunta, entonces, es ¿por qué hacer eso?, ¿qué es lo que genera la reinstauración de esta voz en primera persona como desafío para el historiador de las ideas y como aporte al conocimiento, como aporte para la aproximación a ese período histórico?

La segunda pregunta se vincula a la perspectiva ideológica. Porque si bien es cierto que Sarlo eludió la facilidad de lo "ideológicamente correcto", en el sentido de lo que habría supuesto una actitud de censura a esta brutal directora, me parece que, en todo caso, ése es sólo un aspecto de la "corrección ideológica": hay otra manera de lo "ideológicamente correcto" que tiene que ver con las reacciones que nos genera hoy el desvanecimiento de ese estado, y el asombro que hoy nos produce ver cómo funcionaba ese aparato enormemente eficaz para algunas cosas que no nos gustan pero para muchas cosas buenas, en principio para formar e integrar esa difícil sociedad aluvial. Entonces, mi pregunta es

cómo hacer para, al evitar caer en la reducción del foudaultismo implícita en la primera actitud de "corrección", no terminar celebrando acríticamente el producto de ese estado que estamos viendo desaparecer, cómo colocarse críticamente en otro lado.

Agustina Prieto

Quería ver de qué manera se podía vincular esto que aparece en la ponencia de Beatriz Sarlo y en el comentario de Dora Barrancos —toda la cuestión de la doble cero y las cintas argentinas— con algo que discutimos ayer en relación con el trabajo de Eduardo Archetti. Él muestra a través de *El Gráfico* cómo se constituye un modelo de la identidad argentina, la aparición de un modelo de argentino en el cual una de las notas más distintivas es la cuestión de un mechón de pelo, como se dice en un texto de Borocotó, "que es rebelde al peine"; esto coincide con algo que ayer marcábamos respecto de la aparición de un jugador en Rosario Central que era muy pobre, que jugaba descalzo, sucio completamente, y que tenía el pelo parado y completamente hirsuto y despeinado y que, como alguien marcó ayer, es tapa de Billiken en 1917. Entonces, ¿cómo se vinculan ambos modelos? ¿Por dónde se cruzan estos dos paradigmas tan opuestos?: la doble cero y las cintas

argentinas y este otro modelo en el que "lo argentino" aparece con los pelos hirsutos.

Graciela Silvestri

Voy a plantear un tema que podría llamar "la cuestión de los piojos" y que tiene muchísimo que ver con lo que muestra el trabajo de Sarlo. Es lo siguiente: había una epidemia de piojos en 1921, hay una epidemia de piojos actual. Los métodos para enfrentar los piojos fueron humillantes en ese momento; hoy no pasan la doble cero, pero las maestras se ven enfrentadas con que, efectivamente, tienen que eliminar los piojos, por lo tanto, separan a los chicos, no los dejan entrar y se produce un momento de humillación muy grande: se mandan mensajes a las casas, las madres les limpian piojo por piojo a sus hijos pero siempre queda una liendre, etc. El problema es, en verdad, el que produce una epidemia que no es grave, pero que, de alguna manera, hay que detenerla.

En sentido teórico lo planteo así: la eliminación de los piojos también involucra un problema específicamente técnico, en el que debe considerarse, por fuera de cualquier relativismo, la cuestión del "progreso". En ese sentido, me muevo en la línea de la maestra normal que cree que debe sacar los piojos porque éstos producen enfermedad,

picación en la cabeza, etc; y, desde un sentido común o práctico, uno también diría: yo no quiero que mis hijos tengan piojos. De alguna manera, uno apoya desde la casa el movimiento del colegio, pero no se puede dejar de aplicar la otra mirada cultural, relativista, más general, sobre la brutalidad y la humillación que encierra esta persecución a la enfermedad.

Lo que me interesaba plantear es que en estos temas siempre nos encontramos en la disyuntiva entre estas dos posiciones, sobre todo cuando se trata de problemas como el que planteó Sarlo, en los cuales estamos completamente inmersos, y esto fue muy claro en el comentario de Dora Barrancos, y que entonces nos empujan hacia el presente, hacia un juicio para reflexionar la situación actual desde una perspectiva moral.

José Emilio Burucúa

Cuando leí este fascinante trabajo, me dije que Beatriz Sarlo había cumplido el sueño que tenemos muchos desde que apareció *El queso y los gusanos*: había encontrado su anti-Menocchio, porque si el molinero era el rebelde, ésta es la normalista orgánica.

Ahora, sobre la cuestión formal que planteaba Gorelik, el modo en que el trabajo le da la voz a la maestra me parece extraordinaria, porque rescata una forma extraordi-

naria de hacer historia que tuvo más de mil quinientos años de vigencia, desde Polibio hasta Voltaire, que es de otorgar al sujeto histórico un discurso construido a partir, por supuesto, de documentos, pero recuperando su voz.

Pero lo que me extraña del trabajo es la caracterización de la directora como un "robot estatal"; precisamente por esta similitud con Ginzburg, se me ocurre que quizás se podrían hacer algunas objeciones paralelas a las que se le hicieron al trabajo de Ginzburg. Si la protagonista recuerda tanto este episodio, esta "gran escena" del corte de pelo, como la llama Sarlo, es que debió ser un apartamiento bastante notable de la norma—cierto que algo nos había aclarado Dora Barrancos de que un episodio así no era tan excepcional—. Pero, lo que quiero señalar es que creo que toda la historia de Rosa del Río, tal como Sarlo la cuenta, consiste en un apartamiento sistemático de la rutina: en el trabajo se insiste mucho en esto. Por eso no entiendo mucho lo de "robot estatal". Creo, en ese sentido, que Barrancos ha introducido una palabra que le cuadraría más: la de sacerdotiza laica al servicio de una ideología fuerte, que es la ideología del estado.

Beatriz Sarlo

Son realmente muchas cosas las que se han planteado. Ten-

go que empezar por agradecer la lectura de Dora Barrancos, todo lo que me ha aportado como conocimiento, la puesta en relación con Barcos y su pregunta sobre las huelgas del '19 y del '21, que serían preguntas que debería hacerme porque, efectivamente, el sindicalismo docente estaba en marcha y da la impresión de que esta mujer no es tocada por eso. Y no es tocada por eso pese a que es lectora convencida de *La obra*—y esto es raro, curioso—, que era una revista que sale en 1921 fuertemente comprometida con la renovación y con el sindicalismo docente; Rosa tenía la colección completa de la revista. Por supuesto que ahí uno puede empezar a pensar una cantidad de cosas: qué hacen los lectores con las revistas que leen, cómo leen una hoja y tiran la otra; pero lo cierto es que tendría que pensar la relación de Rosa con el sindicalismo. Cuando llegue a la objeción que plantea Burucúa voy a referirme y a celebrar la imagen que ofreció Barrancos de "decoración" nacional, por un lado y, por otro lado, la de "sacerdocio", de "sanación".

Le respondo puntualmente a Bernardo Subercaseaux. ¿Qué reacción hubo? La respuesta es: no hubo reacción en absoluto. Ahí uno puede tener varias hipótesis: como ocurre en el resto de la Capital, el diez por ciento de los chicos de esa escuela era extranjero—y uno tiene que pensar que un porcentaje mucho

mayor era hijo de extranjeros— y para esos padres entrar a la escuela a decir “a mis hijos no los tocan” era imposible. No hubo ninguna reacción, las autoridades de la escuela estaban más allá de toda reacción. No hubo ninguna reacción que yo pueda registrar en el discurso de esta maestra, pero en el barrio encontré muchos viejos, no viejos de 1921, es decir, no alumnos de primaria inferior de esa época, pero sí gente que en el treinta estaba en esta escuela, Rosa todavía estaba allí, y el carácter reverencial con el cual se hablaba sobre las autoridades de esa escuela era absoluto. Un carácter reverencial que incluía no acordarse de su nombre, era “la directora”, el título, era como decir “el Papa”, marcaba la insustancialidad de toda otra particularidad de nombre y apellido. Es decir, no hubo ninguna reacción. Creo que Subercaseaux mismo, al evocar la forma en que se hacían en Chile esos concursos de guaguas rubias, da la respuesta.

En cuanto a las dos cuestiones que plantea Gorelik: ¿por qué reconstruir esta voz, qué significa esta voz como aporte para el conocimiento? No tengo ninguna teoría general en la cual encuadrar esa decisión, dado que no encuadro mi trabajo dentro de las “historias de vida”, ni la voy a justificar por ese lado. Diría que las ideas de la investigación habrían podido ser articuladas de un modo correcto sin apelar a la primera perso-

na de la maestra: partir de los acontecimientos, vincularlos, realizar la teoría de la condensación simbólica de su carácter hiperbólico, simbólico, metonímico y de composición alegórica, y luego, ir a su inclusión dentro de las estrategias de estado. En realidad, la búsqueda de la voz fue la búsqueda de un tipo de escritura histórica que me permitiera a mí pasarla bien mientras hacía la investigación. Esto es todo. No pienso que en la voz haya más verdad que en otro tipo de relatos, ni pienso que en la primera persona haya más verdad que en la tercera ni que en la segunda, no pienso en ninguna autenticidad de la voz ni en que se reconstruye ninguna autenticidad de la voz. A mí me resultó más atractivo tomar por el lado de la voz, del mismo modo en que ahora estoy realizando un trabajo en el cual estoy reconstruyendo una noche de los años setenta, una noche en la que se filmaron diez cortos políticos que desaparecieron y los estoy reconstruyendo a través de las voces de quince personas, en una especie de Rashomon en el que se van dando las diferentes versiones. Y no es que no pueda contar la historia en una tercera persona objetiva: no hay una sustentación teórica, más bien al contrario, me negaría a cualquier sustentación teórica que dijera que la voz me trae una autenticidad, una verdad mayor. Es probable que la voz en primera persona sea mucho más ficcional, y no

quisiera sustentarlo teóricamente. Más bien, si lo sustentó de algún modo es en razones de escritura personales.

La segunda pregunta: cómo hacer para no caer en el foucaultismo pero tampoco en celebrar el producto de ese estado. Es muy difícil desde hoy, que es cuando uno se hace las preguntas. Es muy difícil, no digo celebrar, que sería un verbo fuerte, sino no resultar sorprendido y particularmente atraído por un estado que cumplía las tareas que se asignaba. Al margen de cómo uno puede evaluar esas tareas, respecto de los valores que uno sostiene para que estén presentes en la construcción de una sociedad o un gobierno o de las instituciones. Lo que quizás el texto tenga como debilidad es esta pequeña resonancia admirativa, pero que, sin duda, no es hacia todos los valores que ese estado difundía; algunos sí: que la gente aprenda a leer y escribir me parece un valor bueno; pero no todos. Aunque sí sostengo la idea de que hay un artefacto estatal funcionando con eficacia. Si hay admiración en el texto tiene que ver con eso, y es una mirada construida, sin duda, como toda mirada desde el presente; es decir, hoy, cuando uno ve estados que no pueden llevar a cabo las tareas que se plantean efectivamente. Es eso. El estado era valioso para estas personas y esto es lo que llama la atención fuertemente. El estado, y las instituciones que él mismo gestionaba —como las escue-

las normales— eran valiosas para estas personas, eran lugares geniales para ellos, donde encontraban un espacio de diversiones infinito.

Claro, para una de estas Rosas, frente al barrial donde vivían, frente a la pieza donde se hacinaban con siete hermanos, y frente a la opción de ser picadoras de solapas de un padre sastre, las instituciones que gestionaba el estado eran verdaderamente como lo que hoy podría ser Disneyworld. Y no debe sorprender, porque venían de una pesadilla de esfuerzo, había que levantarse a las cuatro de la mañana, echar leña, hacer el fogón, el desayuno, cuidar a siete hermanitos, sentarse y picar solapas hasta las seis de la tarde, y a esa hora ni siquiera prender el radio, sino echar leña de nuevo, prender el fogón, ayudar a mamá a hacer la comida, lavar los platos y al sobre. Frente a eso, salir a las ocho de la mañana, caminar quince cuadras, tomar un tranvía, ir al centro de Buenos Aires a la calle Esmeralda, y entrar en un lugar donde, además, se veían señoras y señores bien vestidos —lo que si bien era humillante al mismo tiempo le agregaba atractivo—, desde la perspectiva de la chica debía ser muy impactante.

Lo que pregunta Agustina Prieto sobre el pelo y los jugadores de fútbol, no sé nada. Curiosamente el fútbol no aparece entre las actividades promovidas. Tampoco en las colonias de vacaciones, don-

de el programa de actividades aparece muy desarrollado; es decir, se explica mucho qué hacen los chicos desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, cuando los devuelven a sus casas, les hacen practicar todo tipo de deportes, hasta tenis. Yo quedé totalmente sorprendida porque en las fotos de una colonia de vacaciones de Barracas las chicas aparecen saliendo del comedor con sus raquetitas de tenis. Chicas que seguramente pertenecían a colegios para chicos pobrísimos —porque las colonias eran para los colegios débiles—, que iban y practicaban tenis en Barracas, algo a la luz de hoy completamente fantástico. El fútbol no aparece y es probable que así como los socialistas lo sentían como una especie de competencia ilegítima y tronaban en un determinado momento contra ese deporte, en la escuela pasara lo mismo. Lo cierto es que el fútbol no aparece como diversión. La gimnasia sueca, la natación, y el tenis excepcionalmente, son los deportes que aparecen en las colonias de vacaciones.

Sobre la idea de la humillación que traía Graciela Silvestri, sin duda hay algo que falta en todo esto, que no cayó en mis manos como documento —no es que Graciela traiga la idea de la humillación porque piensa que esos chicos fueran humillados necesariamente; es interesante para jugar con ella, para ver

lo que pasó—, por lo tanto es un problema que no puedo registrar; sé que falta ahí una zona que podría ser reconstruida.

Finalmente, lo de Gastón Burucúa es muy interesante: si alguien recuerda tanto algo es porque se trata de un apartamiento de la norma, y eso es muy interesante. Tendría que considerar tal vez que si alguien quedó tan marcado por eso, se atenuaría esta idea de robot estatal. Yo matizaría, en cambio, un poco más el hecho de que toda la historia de Rosa sea un apartamiento de la rutina. Creo que el *escolanovismo*, como queda demostrado en los trabajos que están siendo publicados ahora —los tomos de la historia de la educación coordinados por Adriana Puiggrós—, es mucho más temprano de lo que se pensaba. Toda la tendencia *escolanovista* de Rosa es algo que estaba en el clima de la época, en uno más de esos esos extraños casos de contemporaneidad que tiene la Argentina respecto de ideas y procesos culturales de Europa, cuando pareciera que en ciertos momentos se huele lo que está pasando antes de que cuaje incluso en sus lugares de origen. El *escolanovismo* en el estado práctico de Rosa no sé si es un apartamiento notable del clima, creo que, más bien, es una realización de la tendencia. Pero la idea de pensar que si algo se recuerda tanto es excepcional la agradezco. □